

En torno a la vida y obra del psiquiatra y humanista Hubertus Tellenbach (1914-1994)

About the life and work of the psychiatrist and humanist Hubertus Tellenbach (1914-1994)

Otto Doerr-Zegers¹

¹ Departamento de Psiquiatría Oriente, Universidad de Chile
Centro de Estudios de Fenomenología y Psiquiatría, Universidad Diego Portales

Resumen

Hubertus Tellenbach ha sido considerado como un de las grandes figuras de la psiquiatría europea de la segunda mitad del siglo XX. Estudió paralelamente medicina y filosofía, doctorándose en ambas disciplinas en 1938. Durante sus años de estudiante, perteneció al círculo de discípulos del poeta Stefan George, fallecido en 1933. Su profundo conocimiento de la poesía de George – centrada en el tema del lenguaje – así como de la filosofía de Martin Heidegger, donde también el lenguaje juega un papel fundamental: investigaciones etimológicas de altísimo nivel, creación de palabras y de conceptos nuevos, la belleza poética que alcanzan algunos de sus ensayos, etc., podrían explicar en parte una de las características centrales de su obra: el empleo de un lenguaje altamente refinado, la capacidad de hacer análisis y descripciones memorables de casos clínicos, pero también patografías tanto de algunos genios, así como de los personajes que ellos mismos crearon. Volviendo de la guerra se incorporó al movimiento fenomenológico-antropológico en la psiquiatría, fundado por figuras tan notables como Ludwig Binswanger, Viktor von Gebsattel, Eugene Minkowski y Jürg Zutt, llegando a ser con los años su representante más señero. La obra que lo ha hecho conocido en todo el mundo es su libro sobre la melancolía de 1961 (cuarta edición ampliada, 1983), traducida al francés, inglés, español, italiano y japonés. En ella desarrolla una revolucionaria teoría de la depresión, la descripción de un tipo humano proclive a ella (el *typus melancholicus*) y las situaciones de vida específicas que, como la llave en la cerradura, ponen en movimiento la endogenidad dormida, desencadenando la enfermedad melancolía. Su concepción positiva de la endogenidad, desarrollada también en ese libro, es otro de sus aportes fundamentales. Gran parte de sus muchas contribuciones a la clínica de las enfermedades psíquicas aparecieron después como libro, con el título “La psiquiatría como medicina del espíritu” (1987) y sus estudios sobre personajes literarios configuraron el libro “Melancolía, delirio y epilepsia en la literatura occidental” (1992). Tellenbach fue no solo un gran investigador, sino también un gran profesor, un gran maestro. Sentía una gran comunidad de espíritu con el mundo hispanoamericano. Así es como viajó innumerables veces a España y a casi todos los países de Hispanoamérica. A Chile vino en seis oportunidades, permaneciendo en una oportunidad un mes completo. Durante esos períodos daba conferencias, se reunía en grupos, daba entrevistas para los medios de comunicación, etc. Siempre tuvo la deferencia de dar sus conferencias en castellano, idioma que aprendió con esfuerzo, porque durante su juventud en Alemania no se

enseñaban idiomas extranjeros, fuera del latín y del griego. Su pensamiento original y profundo causó mucha impresión en los círculos intelectuales latinoamericanos. Decenas de jóvenes médicos de nuestro continente viajaron hasta Heidelberg para hacer estadas de postgrado de distinta extensión junto al maestro. Su obra continúa siendo fuente de inspiración para psiquiatras, filósofos y humanistas de Alemania, España, Francia, Italia, Japón, Países Bajos, Suiza y Latinoamérica, particularmente de Brasil y de Chile. Su influencia en el mundo anglosajón es, en cambio, visiblemente menor.

Palabras clave: Hubertus Tellenbach; Psicopatología Fenomenológica; Melancolía; *typus melancholicus*.

El 4 de septiembre de 1994 dejó de existir en München, a los 80 años, el gran psiquiatra, humanista y pensador alemán Hubertus Tellenbach, quien fuera, desde mediados de la década del, 50 Profesor de Psiquiatría de la Universidad de Heidelberg, cuna de la psiquiatría científica y en cuyas aulas enseñaron en el pasado otras figuras ya consagradas por la historia, como Emil Kraepelin, Franz Nissl, Karl Jaspers, Kurt Schneider y Walter von Baeyer.

Antes de intentar hacer un bosquejo de lo que fue la vida y obra de Tellenbach, quisiéramos decir que estuvo muy vinculado a Chile por varias razones. Viajó en seis oportunidades a nuestro país a dar cursos y conferencias, permaneciendo en cada oportunidad entre 10 días y un mes. Formó en Heidelberg a una serie de psiquiatras chilenos, todos los cuales han alcanzado los más altos niveles académicos y un merecido prestigio. En tres oportunidades fue entrevistado por el Suplemento Cultural “Artes y Letras” de *El Mercurio*, de Santiago, entrevistas que causaron en su momento un gran impacto en el ambiente intelectual chileno. Además, publicó en el mismo medio periodístico algunos artículos traducidos por el suscrito y entre los cuales recuerdo aquel hermoso opúsculo titulado “Tres concepciones occidentales de la noche”.

Su interés por Chile se extendió naturalmente a los demás países de Latinoamérica y de la Península Ibérica, y así es como también formó discípulos de Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, España, México, Perú, Portugal y Venezuela, y estuvo invitado en estos mismos países en sendas oportunidades. Aunque nunca dominó el castellano hablado, como tampoco el inglés, el italiano ni el francés (perteneció a una generación donde en Alemania no se enseñaba idiomas extranjeros, sino sólo latín y griego), siempre leyó sus conferencias en el idioma del lugar, cuando se trataba por cierto de un país occidental. Su fino oído, su manejo de las lenguas clásicas y su buen conocimiento de los idiomas europeos escritos le permitían una pronunciación más que aceptable y el agradecimiento del público por su deferencia. Pero quizás si el signo más evidente de su estrecha vinculación con el mundo hispanoamericano es el hecho que sus dos hijos casados formaran su familia con una mujer de nuestras tierras: Reinhardt, el médico, con una ecuatoriana, y Michael, el arqueólogo, con una mexicana. Y ambos hablan un castellano perfecto y sin acento.

Pero su preferencia por nuestra cultura no le impidió a Tellenbach, a través de su obra y de sus viajes, extender su influencia por todos los confines de la tierra. Así es como

después de su primer viaje al extranjero, que fue a Hispanoamérica en 1966, estuvo invitado a dar cursos y conferencias en varias universidades de Japón, Tailandia e India en el año 1967; a Estados Unidos, España y Portugal en 1968; a Persia, Afganistán, Líbano, Egipto y Turquía en 1971; ese mismo año, a México y otra vez a Estados Unidos; en 1972 estuvo en Canadá; en 1974, otra vez en Chile y en Brasil; en 1975, en España, Grecia e Israel; en 1976, en Inglaterra; y a partir de 1979, y fuera de otros compromisos aislados en los más diversos países, fue invitado anualmente a París y cada tres o cuatro años a Chile, España, Italia y Portugal. En suma, Tellenbach estuvo invitado en 27 países distintos y dio un total de 210 conferencias en 88 universidades diferentes. Con razón ha sido considerado como la figura más influyente de la psiquiatría alemana de la segunda mitad del siglo.

¿Pero quién fue este hombre que a partir de los años 50 volvió a transformar a la Universidad de Heidelberg en un centro mundial del pensamiento psiquiátrico y psicopatológico? Hubertus Tellenbach nació en Colonia el 15 de marzo de 1914. Dos personas fueron modelos determinantes en su desarrollo intelectual: su tío materno, el doctor Engelbert Sons, médico destacado y de gran vocación de servicio, y el teólogo Theodor Willemsen, su profesor de religión en el colegio. El primero le transmitió el interés por las ciencias naturales, en particular por las biológicas, y el amor por los enfermos. El segundo, su profunda religiosidad y el interés por la filosofía, los autores clásicos y los grandes poetas alemanes de este siglo, en particular Rainer Maria Rilke y Stefan George. Hasta el final de su vida y en la línea de una de las más nobles tradiciones griegas, como era el respetar y honrar siempre a los maestros, siguió Tellenbach nombrándolos ya fuera en los prólogos de sus libros, en sus publicaciones en revistas científicas o en los discursos de agradecimiento a los múltiples homenajes que se le hicieron en vida.

Al egresar del liceo entró a estudiar paralelamente Filosofía y Medicina, obteniendo ambos doctorados en 1938. Su tesis para el título en Filosofía versó sobre el pensamiento del Nietzsche joven, mientras la tesis para el doctorado en Medicina fue un tema de medicina interna. Durante sus años de estudiante fue aceptado en el seno del hermético círculo de discípulos de Stefan George, círculo que siguiera existiendo después de la muerte del poeta (diciembre de 1933) y al cual perteneció, entre otros personajes de la época, el Conde Claus von Stauffenberg, el mismo que fuera elegido por buena parte

del alto mando del ejército alemán para realizar el fracasado intento de eliminar a Hitler el 20 de julio de 1944. La duda y la desesperanza que embargaban a este grupo de jóvenes idealistas con respecto al futuro de Alemania bajo el imperio del nacionalsocialismo hicieron que ellos, una vez muerto el maestro, gran crítico de las nuevas ideas, buscaran consejo y consuelo en otras figuras de la intelectualidad alemana de ese tiempo. Entre los nuevos inspiradores se encontraba nada menos que Max Planck – uno de los padres de la física moderna, junto a Einstein, Bohr y Heisenberg – y cuyo hijo también fue ejecutado después del fallido atentado. Desgraciadamente, el paquete de cartas que representaba el intercambio epistolar de años entre el joven Tellenbach y el ya maduro Max Planck (que habría sido un documento de incalculable valor para comprender el período anterior a la Segunda Guerra Mundial), fue destruido por anónimos soldados norteamericanos que tomaron prisionero a Tellenbach en el frente occidental poco después del desembarco de Normandía (Tellenbach, 1980, comunicación personal).

Después de obtener su título de Médico entró a trabajar en la famosa Clínica de Neurología y Psiquiatría de la Universidad de München, dirigida a la sazón por una figura también histórica, el Profesor Oswald Bumke. En forma paralela contrajo matrimonio con la doctora Ingeborg Goose, perteneciente a una familia de oficiales prusianos y gran colaboradora suya. De ese matrimonio nacieron tres hijos varones, a los cuales ya hicimos mención. La felicidad de haber logrado un cargo en una clínica del nivel de la de Bumke y de haberse casado con la mujer de su vida duró por desgracia muy poco tiempo, pues ya en mayo de 1940 fue llamado a las filas del ejército y enviado al frente ruso, donde permaneció hasta 1943. Muy pocos soldados regresaron de Rusia con vida. Tellenbach nunca estuvo de acuerdo ni con el nazismo ni con la guerra, y a pesar de haber llegado con su unidad hasta las puertas de Moscú, estuvo siempre convencido del carácter inevitable de la derrota. Muy pronto se les hizo consciente a los oficiales que la única forma de salir vivos de Rusia era a través de una herida grave que hiciera necesario su traslado hacia un hospital de la retaguardia. Tellenbach, que ya tenía dos niños a quienes apenas conocía, rezaba noche a noche a la Virgen María que le otorgara la gracia de recibir un disparo casi mortal. Y el milagro ocurrió en medio de ese terrible invierno 42-43, en el que las tropas germanas fueron diezmadas: una grave herida en la columna que casi lo dejó parálítico obligó a su superior a ordenar su traslado en trineo hasta el próximo lazareto. Y esa fue su salvación.

Su fortaleza natural, tanto física como espiritual, le permitió una rápida recuperación, la que sin embargo tuvo el serio inconveniente de significar un nuevo envío al frente de batalla, afortunadamente, esta vez, a Francia. Poco después fue tomado prisionero y trasladado en las bodegas de un barco junto a un gran número de oficiales y soldados alemanes a un campo de prisioneros en Alabama, Estados Unidos. Allí, sin tener noticias de su familia ni de su país y muy mal alimentado, a pesar de que el trato no era indigno, Tellenbach juntó a todos los prisioneros que eran académicos y que no habían pertenecido al partido nazi y organizó una universidad. Los guardias norteamericanos, sorprendidos en un comienzo, accedieron finalmente a facilitarles pizarrones, tiza y artículos de escritorio, y así es como en horarios estrictos y con un orden perfecto se impartieron conocimientos en las más diversas materias, de acuerdo con la disponibilidad de profesores. Como no tenían acceso a libros ni a otro tipo de material escrito, la enseñanza se basaba sólo en la memoria de cada docente. De esta época, nacieron los estudios de Tellenbach sobre la poesía de Stefan George, muchos de cuyos versos él conocía de memoria. La idea de universidad que tenía Tellenbach, sobre todo para esas circunstancias, era lo contrario de la hoy imperante, a saber, un lugar para formar profesionales. El fundamento del aprendizaje era la relación maestro-discípulo en torno a un objeto. Pero, al mismo tiempo, se trataba de mantener vivo todo lo bueno que también había tenido el espíritu alemán a lo largo de la historia, de pensar con esperanzas en la posibilidad de reconstruir esa Alemania hecha pedazos, primero por el totalitarismo y más tarde por la guerra y, por último, de aprovechar los conocimientos de cada cual para transmitírselos a otros en esa situación extrema que significa la vida en un campo de concentración. Su condición de médico y las secuelas de la herida en la columna provocaron la compasión de las autoridades del campo y lo dejaron en libertad antes de completar dos años de prisión. Volvió a Alemania a reunirse con su esposa y sus hijos y a trabajar en la misma clínica de München, ahora a cargo del Profesor Stertz. Sus primeros años los dedicó a la Neurología, especialidad en la cual alcanzó el grado de Profesor ya en 1952. Su primer trabajo psiquiátrico fue publicado recién en 1956 (Tellenbach, 1956 I y II), y versaba sobre la espacialidad de las melancolías: no sólo la forma peculiar como los depresivos viven el espacio, sino también cómo se constituye para ellos el mundo en cuanto espacio. Este trabajo estaba claramente en la línea de la psiquiatría antropológica ligada a los nombres de Ludwig Binswanger, Viktor von Gebsattel y Jürg Zutt.

Psiquiatría antropológica significa, ni más ni menos, aproximarse a las enfermedades mentales tomando como marco de referencia al hombre en su totalidad. Se trata, en suma, de evitar el reduccionismo que implica el ver al hombre como pura naturaleza (sin espíritu), sea esta de tipo biológico (sustrato anatómico y fisiológico de la actividad mental) o psicológico (un "aparato psíquico" al estilo freudiano más o menos determinado por fuerzas instintivas). Significa, también, el incorporar al estudio y comprensión de las enfermedades mentales ciertos radicales antropológicos que quedan fuera de una conceptualización del hombre como computador de alta complejidad o como un Yo acosado entre las pulsiones venidas del inconsciente y las normas impuestas por la sociedad a través del Super-Yo. Es el caso de las dimensiones corporalidad, espacialidad, temporalidad y, sobre todo, libertad. El saber cómo se comportan estas dimensiones fundamentales de lo humano en las distintas enfermedades mentales no es sólo importante para un correcto diagnóstico y una adecuada comprensión del cuadro, sino también para la intervención terapéutica. Pero no podemos extendernos al respecto, aunque sí quisiéramos destacar que es tan grande la importancia de la dimensión libertad, que la psiquiatría antropológica ha logrado demostrar que todos los cuadros psicopatológicos de la práctica clínica pueden ser conceptualizados y clasificados como distintas formas y grados de limitación o pérdida de la libertad. Y así podría entenderse, recién, el caso de las "normopatías", aquellos cuadros clínicos cuyo origen está ligado a un "exceso" de normalidad. Porque para una psicopatología de la libertad será tan patológico el no-poder-sino-comportarse en forma anormal (el caso de una demencia o de una psicosis) como el no-poder-sino-comportarse en forma normal, como ocurre en las personas que hacen depresiones, por ejemplo (Blankenburg, 1981, 1983). Y con esto conectamos con la obra capital de Tellenbach, aparecida en 1961: *La Melancolía* (Cuarta Edición, 1983).

La tradición había distinguido múltiples formas de depresión, según la presunta causa. Y así se hablaba de depresión "endógena" en oposición a una depresión "reactiva" (a una situación traumática, por ejemplo). Pero, al mismo tiempo, la práctica clínica demostraba la existencia de cuadros depresivos que escapaban a esta dicotomía endogenidad/reactividad, en el sentido de que no tenían las características de las formas endógenas y tampoco se podían comprender como reactivas a un trauma, ya que muchas de las situaciones a las que aparecían vinculadas eran vividas por el paciente como acontecimientos positivos. Es el caso de las depresiones postparto (después de un embarazo deseado), de las depresiones por mudanza (a una casa mejor y largamente

aspirada) o de las que se presentan típicamente a raíz de ser promovido en el trabajo. Por otra parte, también aparece sintomatología depresiva en sujetos con conflictos de la infancia no superados (las llamadas “depresiones neuróticas”), o en personas que de algún modo han malogrado su existencia sin haber estado expuestos a acontecimientos traumáticos (las llamadas “depresiones existenciales”), o en relación con un climaterio normal y en cierto modo deseado; lo mismo vale para el caso de una jubilación largamente esperada. A todo lo anterior habría que agregar los cuadros depresivos vinculados a otras patologías, como la epilepsia, la esquizofrenia o el deterioro orgánico-cerebral. El sistema de diagnóstico y clasificación de las enfermedades mentales de la Asociación Mundial de Psiquiatría llegó así a distinguir 20 tipos de depresiones diferentes, pero como no se disponía de exámenes que demostraran la existencia de una u otra forma de depresión, el caos semántico resultante de estos intentos de establecer entidades nosológicas diferentes dentro del campo de las depresiones llegó a ser enorme.

Fue uno de los grandes méritos de Tellenbach el haber traído claridad a este asunto. El empleo del método fenomenológico y no de la mera constatación de manifestaciones externas (síntomas) le permitió postular, en 1961, la existencia de una sola depresión, que él llamó melancolía, rescatando con ello el nombre de la enfermedad descrita por Hipócrates hace 2.500 años y luego demostrar que el “apellido” que se le agregaba a los distintos tipos de depresión no permitía otorgarle una categoría nosológica distinta a cada una, puesto que no constituía la causa, sino sólo la situación desde la cual – y dada esa inextricable imbricación entre persona y mundo – surgía ese cambio global que llamamos depresión. No existiría, entonces, una depresión “endógena” diferente de una “reactiva”, pues todas serían “endo-reactivas”. En cada depresión verdadera, en cada melancolía, concurrirían una tendencia (endógena) y una situación (reactiva) que rompe el equilibrio y desencadena la transformación depresiva. Pero – y aquí aparece el segundo gran descubrimiento de Tellenbach en este campo – estos cuadros no se presentarían en cualquier persona, sino sólo en aquellas poseedoras de ciertas características de personalidad cuyo conjunto él llamó “*typus melancholicus*”.

¿Y cuáles son estos rasgos? A diferencia de lo que en una visión superficial había sostenido la tradición en el sentido de que las personas que hacían depresión tenían en sus períodos normales una personalidad con rasgos que el vulgo identifica como “depresivos” (pesimismo, pasividad, falta de vitalidad), Tellenbach demostró que se trataba, por el

contrario, de personas no sólo normales, sino en cierto modo “hipernormales”, por cuanto concentraban en ellas una serie de valores estimados como altamente positivos por la sociedad moderna de corte tecnológico-industrial, al menos en su versión occidental: estilo de vida ordenado y adaptado a las normas, alta capacidad de trabajo y rendimiento, hipersensibilidad a la culpa y a las deudas y una gran capacidad de entrega hacia los demás. En suma, sólo virtudes. ¿Cómo se explica entonces que justamente las personas que más rinden, cuya conducta es más normada y que menos conflictos provocan en la sociedad sean las más proclives a sufrir de esta terrible enfermedad que es la depresión? Habría dos razones: una es la relación esencial existente entre el “*typus melancholicus*”, la situación desencadenante y la enfermedad depresiva misma. Así, por ejemplo, la forma tan rígida y ordenada de habitar una casa encierra ya la posibilidad de que la situación de mudanza constituya una amenaza existencial para el “*typus melancholicus*” y al mismo tiempo prelude las experiencias de vacío y de caos que va a tener el paciente durante la enfermedad. Otro ejemplo: la forma simbiótica de vivir las relaciones interpersonales, que transforma necesariamente a las pérdidas en un motivo desencadenante de la enfermedad, etc. Esta misma correspondencia entre personalidad previa, enfermedad y situación desencadenante – otro genial descubrimiento de Tellenbach –, es válida para cada uno de los rasgos de la personalidad en cuestión y para cada una de las situaciones desencadenantes típicas. La segunda razón de esta paradoja reside en el tema arriba mencionado de la libertad. Incluso algo tan positivo como la virtud tiene que ser vivido en el ámbito de la libertad y no como un mero tener-que. El no poder dejar de ser ordenados, perfectos en el trabajo, amantes de sus seres queridos, etc., se va a transformar en una trampa mortal, porque la vida, con su infinita variabilidad e impredecibilidad, termina rompiendo cualquier modo de vivenciar o de conducirse rígidamente preestablecido.

Años más tarde, investigaciones empíricas, impecables desde el punto de vista metodológico, llevadas a cabo en München, Alemania, por von Zerssen y colaboradores a través de casi dos décadas (1969, 1982, 1988, 1992), así como una rigurosa investigación realizada en Chile por las psicólogas Anneliese Dörr y Sandra Viani (1991), han demostrado definitivamente la existencia de esta personalidad descrita por Tellenbach y su relación esencial con la enfermedad depresiva. Además, el hecho de que el sistema de diagnóstico y clasificación de las enfermedades mentales de la Asociación Norteamericana de Psiquiatría (DSM III, IV, IV TR y DSM V) postule la existencia de

una sola depresión propiamente tal (la “depresión mayor”, con sus subformas “melancolía” y “distimia”) representa también un reconocimiento tácito del temprano descubrimiento de Tellenbach al que hicimos referencia más arriba.

Pero la obra de Tellenbach va mucho más allá de sus contribuciones al tema de la depresión y sería vano e imposible intentar un comentario sobre sus múltiples aportes al resto de la psicopatología, a la filosofía y a la literatura. Sin embargo, estimamos imprescindible mencionar, por lo menos, algunos de los temas en los cuales incursionó, siempre con la misma seriedad, profundidad y originalidad con que lo hizo en el campo de la melancolía. En el ámbito de lo psicopatológico, valga recordar sus estudios sobre el delirio (Tellenbach, 1966), la obsesividad (Tellenbach, 1983) y las psicosis epilépticas (1965). Por un trabajo, considerado hoy clásico, sobre este último tema, recibió en 1966 el premio anual de la Fundación Michael de la ex Alemania Federal. También incursionó en el campo de la terapéutica farmacológica, aunque siempre partiendo de los conocimientos adquiridos a través de su aproximación intuitivo-fenomenológica a los pacientes. Así es como describió el positivo efecto de la Imipramina (Tofranil) sobre ciertas neurosis obsesivas que mostraban una relación esencial con la depresión en 1963, vale decir, 25 años antes que un derivado directo del Tofranil, el Anafranil, fuera reconocido universalmente como el mejor tratamiento para la obsesividad (Tellenbach 1963 y 1966).

Sus aportes a algo así como una teoría de la medicina son también fundamentales. En este campo cabe destacar, en primer lugar, sus análisis sobre salud y enfermedad, brillantemente expuestos en una entrevista concedida al Suplemento Literario “Artes y Letras” del Diario *El Mercurio* en diciembre de 1990 y antes habían sido publicadas en la *Revista Chilena de Neuro-Psiquiatría* (Tellenbach, 1979). Ahí lo vemos remontarse hasta el sentido de la salud en la Grecia de Apolo, el dios que cura, el iatromantis, y en Jesucristo. No podemos dejar de citar, en este contexto, el párrafo en que define el sentido cristiano de la salud, porque de algún modo permite asomarse a las alturas teológico-filosóficas y también a la belleza poética alcanzadas por Tellenbach en sus reflexiones:

Podríamos decir que Cristo fue la salud misma. Etimológicamente la palabra “sano” significa lo sensato, lo fuerte, lo arrebatador, lo poderoso. Y lo que emanaba del Salvador era justamente una fuerza que todo lo podía curar, un fluido que se desprendía de sus ropas y cuyo fluir mismo se sentía, aunque su atuendo no hubiese sido percibido por el roce. La fuerza que se desprendía de él era algo arrebatador, que en el momento de la resurrección de Lázaro se intensificó hasta

el punto de adoptar la forma de una extraña agitación, que Lutero traduce como: “Él se encolerizó en su espíritu y se turbó”. Al curar al ciego, el propio dios sanador manifiesta que el sentido más profundo de la superación de la enfermedad y de la muerte es el poner en evidencia la gloria de Dios. ¡El poder y la gloria! Esa es en realidad la fórmula para la salud divina. (Tellenbach, 1981).

En sus estudios sobre ética médica y sobre la enseñanza de la medicina (Tellenbach, 1974) él advirtió tempranamente sobre los peligros de la manipulación genética, la deshumanización de la medicina y sobre el peligro siempre presente de ser ésta, y en particular su enseñanza, víctima de una ideología totalitaria, como ocurrió en forma extrema bajo el régimen nacionalsocialista en la Alemania nazi, pero también en los estados donde imperara hasta hace pocas décadas el marxismo-leninismo. Para evitar estas desviaciones es fundamental enseñar al estudiante de Medicina a protegerse en contra de adoctrinamientos ciegos a los valores eternos.

Nunca me dejó satisfecho el que se haya tratado a los médicos nazis en el juicio de Nüremberg sólo como asesinos. El asunto era mucho más grave y pernicioso, por cuanto en la medida que ellos se colocaron en una relación experimental con el ser humano, semejante a la que se puede tener con un animal, estaban abandonando una concepción fundamental del cristianismo, cual es la del hombre como imagen de Dios [...] Con ello se niega de hecho la base más profunda sobre la que descansa la esencia de la “formación” (Bildung) – en oposición a la “instrucción” (Ausbildung) – porque el concepto de “formación” tiene su origen en la mística medieval: el alma aloja en su interior a Dios mismo, a cuya imagen el hombre fue creado, y el sentido de cada vida humana en particular va a consistir justamente en “con-formarse” en dirección a esa imagen. (Tellenbach, 1981)

Muy importantes han sido también sus aportes a lo que él mismo llamó “El sentido oral y lo atmosférico”, homónimo del título de un libro suyo aparecido en 1968. En un mundo dominado básicamente por los sentidos llamados superiores (vista y oído) era fundamental que alguien rescatara del olvido los sentidos del gusto y del olfato en todo lo que tienen de esencial para la formación del hombre. A nuestro modo de ver, hay dos signos menores que están confirmando la preocupación de Tellenbach por ese olvido: el aumento progresivo a lo largo del siglo XX del hábito de fumar (tendencia que afortunadamente se está revirtiendo en las últimas décadas) y que, como todo el mundo sabe, disminuye el sentido del olfato hasta casi su anulación, y los “fast food”, formas de comer “a la carrera”, prescindiendo de toda calidad en la preparación de las comidas, así como también de la compañía del otro, esencial al comer humano, a diferencia del comer animal, que es siempre solitario. Pero estos sentidos no sólo tienen que ver con la

posibilidad de captar los olores de la naturaleza y de degustar las buenas comidas, sino también con dos elementos sustantivos de la relación del hombre con su entorno y con los otros, a saber, el buen gusto y la confianza.

El primero, si está bien educado, puede llegar a tener una precisión tan grande como un axioma matemático y va a ser determinante en la moda, en la decoración, en el enjuiciamiento de la obra de arte y en la buena educación (Tellenbach, 1979). La confianza, por su parte, fundamento de la vida social, surge desde una dimensión mucho más primaria, cual es la atmósfera que emana de cada cual. Y sólo cuando las atmósferas respectivas están en consonancia, son empáticas y generan simpatía, es que puede surgir la relación de confianza entre las personas. Desde la fenomenología del sentido oral pudo Tellenbach iluminar en forma insuperable los cambios en el vivenciar y el comportarse de los sujetos que hacen una psicosis: el humor delirante y las ideas de auto-referencia (típicas transformaciones negativas de lo atmosférico) y las alucinaciones del olfato y del gusto, son fenómenos característicos del comienzo de muchos cuadros psicóticos.

No podríamos dejar de mencionar, por último, sus estudios sobre la psicopatología de algunos personajes literarios que han sido determinantes en la historia de Occidente. Es el caso del rey Edipo, Electra y Ajax, entre los griegos; de Job y Ezequiel, entre los personajes bíblicos; de Hamlet, Ofelia y el rey Lear, entre los personajes de Shakespeare; de Myshkin, Kirilov, Iván y Smerdiakov entre los de Dostoievski; etc. Con mucha razón sostuvo Tellenbach, a lo largo de su vida, que ningún psicólogo ni psiquiatra llegaría jamás en sus descripciones a coger la complejidad del fenómeno humano con la profundidad con que lo han hecho los grandes genios de la literatura universal. Y es así cómo desde el análisis del rey Edipo pudo Tellenbach descubrir momentos esenciales de ese misterioso paso que va desde la cordura a la locura; cómo del estudio de la figura de Job pudo establecer cuáles eran los pasos indispensables para impedir la caída en la melancolía (Job nunca estuvo deprimido a pesar de todas las pérdidas y desgracias que le ocurrieron), vale decir, la moderna resiliencia; cómo nos pudo mostrar que el destino trágico de Hamlet tuvo que ver con su incapacidad de resolver las antinomias propias del hombre occidental; o de qué manera se puede comprender la vida del príncipe Myshkin desde su incapacidad de tomar distancia y su tendencia permanente a fundirse con la naturaleza y con los otros, rasgo que ha resultado ser tan característico de algunos epilépticos. No podemos extendernos más en tal sentido, pero sí quisiéramos decir que

este aspecto de la obra de Tellenbach es quizás el más original, el más profundo y el que con toda seguridad permanecerá vigente por muchos años y quizás por siglos (Tellenbach, 1960, 1974).

Referencias

- Blankenburg W. (1981). "Wie weit reicht die dialektische Betrachtungsweise in der Psychiatrie?" *Z. f. Psychol. Psychother.* 29(1), 45-66.
- Blankenburg W. (1983). "La psicopatología como ciencia básica de la psiquiatría. *Rev. Chil. Neuro-Psiquiat.* 21, 177-88.
- Dörr-Álamos A & Viani S. (1991). *Personalidad premórbida en los distintos cuadros afectivos*. Tesis para optar al título de Psicóloga. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 1991.
- Doerr-Zegers, O. (2000). Existential and phenomenological approach to psychiatry. In: *New Oxford Textbook of Psychiatry*. Ed. By MG Gelder, JJ López-Ibor Jr, N C Andreasen. Oxford University Press, pp. 357-372.
- Tellenbach H. (1956). "Die Räumlichkeit der Melancholischen I". *Der Nervenarzt*, 27: 12-18.
- Tellenbach H. (1956). "Die Räumlichkeit der Melancholischen II". *Der Nervenarzt*, 27: 289- 298.
- Tellenbach H. (1960). "Gestalten der Melancholie". *Jahrb. F. Psychol. Psychotherapie u. med. Anthropologie* 7: 9.
- Tellenbach H. (1961). *Melancholie: Problemgeschichte, Endogenität, Typologie, Pathogenese, Klinik*. Berlin-Heidelberg-New York: Springer Verlag, 4. Auflage, 1983.
- Tellenbach H. (1963). "Über die Behandlung phobischer und anankastische Zustände mit Imipramin". *Der Nervenarzt* 34, p. 133-138.
- Tellenbach H. (1965). "Epilepsie als Anfallsleiden und als Psychose (über alternative Psychosen paranoider Prägung bei, forzierter Normalisierung des Elektroencephalogramms Epileptiker)". *Der Nervenarzt* 36, p. 190-202.
- Tellenbach H. (1966). Gezielte Behandlung von Schädigungsangst (Blaphophobia) mit Imipramin. *Deutsche Med. Wschr.* 91, 20-32.
- Tellenbach H. (1966) Die Dekomposition religiöser Grundakte im Wahn und in der Melancholie. *Jahrb. f. Psychol. Psychotherapie u. med. Anthropol.* 14, p. 278-287.
- Tellenbach H. (1967). Zur Phanomenologie der Eifersucht. *Der Nervenarzt* 28, 133.
- Tellenbach H. (1968). *Geschmack und Atmosphäre*. Salzburg: Otto Müller Verlag.
- Tellenbach H. (1974). Die Bildung zum Arzt: Kernstück der Ausbildung des Medizinstudenten. *Der Nervenarzt*, 45, 312-317.
- Tellenbach H. (1979). Fenomenología del estado de salud y sus consecuencias para el médico. *Rev. Chil. Neuropsiquiat.*, 17, 3-10.
- Tellenbach H. (1979). Gebildete Sinne: Bedingung glückenden Daseins". *Neues Jahrbuch* 5, 293-312.
- Tollenbach H. (1980). Zur Anthropologie des Gesundseins und deren Konsequenzen für den Arzt". *Zeitschr. f. klin. Psychol. u. Psychotherap.* 28, 57-66.

- Tellenbach, H. (1981). "Bildung und Zeitgeist". Deutsches Arzteblatt - Ärztliche Mitteilungen 78. Jahrgang/Heft 40, S. 1-5.
- Tellenbach H. (1983). L'espace et l'obsession. In: *Espace et psychopathologie*. Ed. par Ives Pelicier. Paris: Economica, pp. 89-99.
- Tellenbach H. (1992). *Schwermut, Wahn und Fallsucht in der abendlandischen Dichtung*. Hürtgenwald: Pressler.
- Zerssen D von, Koeller DM, Rey ER (1969). Objektivierende Untersuchungen zur prämorbidem Persönlichkeitstruktur affektpsychotischer Patienten. In Hippus, Selbach (Eds.) *Das depressive Syndrom*. München-Berlin-Wien: Urban & Schwarzenberg, p.183-205.
- Zerssen D von. (1982). "Personality and Affective Disorders". In: Paykel, ES. *Handbook of Affective Disorders*. New York: Churchill Livingstone, pp. 213-228.
- Zerssen D von. (1988). Der Typus manicus als Gegenstück zum Typus melancholicus in der prämorbidem Persönlichkeit und Psychose. Ed. by Janzarik W. Stuttgart: Enke.
- Zerssen D von (1992). "The Manic Type of Personality - A Variant of Cyclothimia?" Lecture given in Symposium "Personality and Affective Disorders". Annual Meeting Nr. 145 of APA. Washington DC.